



Queridos amigos:

Como otros meses me dirijo a vosotros. Este mes he pensado reflexionar sobre la sexualidad. Habitualmente se trata y se habla de ella desde los propios impulsos que no se quieren controlar (*¡viva la libertad sexual!*) o desde las normas que serían necesarias para vivirla (*todo tiene que estar controlado bajo leyes*). No digo que no haya que hablar desde estos dos ámbitos, pero os invito a pensar desde otro lugar.

Hace poco más de un mes mi hermana ha tenido una niña. El otro día estaba yo en su casa cuando tocaba bañarla y fue, como seguro que sabéis si habéis tenido cerca una situación así, todo un acontecimiento de ternura. La desnudez, las manos de mi hermana más que lavando acariciando un cuerpo que se dejaba llevar tranquilo, confiado. El contacto de las pieles no era sólo físico, en él el cariño de la madre atravesaba los poros de la hija hasta llegar a ese lugar íntimo donde nace la confianza, la alegría de ser amado. Quizá ahí se manifestaba ese poder que tiene nuestro cuerpo de dar más que un poco de placer (o un mucho) en el contacto físico, de recibir la vida de alguien en gestos corporales y de ofrecer la propia en esos mismos gestos.

Pero para realizar este gesto preñado de ternura una madre ha tenido que aprender a amar antes de acariciar, esto no se improvisa. Ha tenido que aprender deseando al hijo, dejando que su cuerpo se transforme para recibirlo, deseando vivir comprometiéndose para que este hijo tenga vida... y aprender la alegría de una relación que no siempre nace y se mantiene placenteramente.

Yo creo que, sin pensarlo, mi hermana en estos gestos firmes para sujetar y a la vez suaves para otorgar afecto, estaba definiendo aquello que pide una relación de amor. Una relación a la altura del respeto que merecemos por parte de los otros, del respeto que los demás merecen de nuestra parte, y del respeto que merecemos tenernos a nosotros mismos. Una relación que no se define sólo ni fundamentalmente por palabras como precaución, posturas, un buen rollo,... o peor por actitudes como el engaño, la dominación,... Cuando estas palabras se imponen en la relación ésta baja de nivel, a veces un poco y otras veces un mucho, hasta la degradación.

Poco le dura a un niño esta estancia gustosa en las manos de su madre. Pero quizá todos esperemos que existan otras manos que nos traten así, y quizá nuestras manos están destinadas a tratar a otro de esta manera. (*Hagamos un paréntesis: Aun esperándolo todos algunos, por una vocación especial, han renunciado a esta expresión del amor. En cualquier caso esto es sólo una excepción a la regla, que nos llevaría tiempo explicar y nos distraería de lo que intento deciros. Sigamos pues*). Una de las cosas más hermosas de la vida es encontrar esta calidad de relación sexual. Es en ella donde aparecen unidos placer y felicidad. Pero esto no se improvisa, no surge de manera natural. Menos en una sociedad en la que las palabras que definen el encuentro se han vulgarizado hasta resultar cursi no utilizarlas. No se trata de magrear, follar, de echar un polvo... Hablo de otra cosa. Aquello que desea el corazón humano y que una sociedad definida en este tema por un erotismo casi pornográfico nos oculta convenciéndonos de que basta con pasarlo bien. Una sociedad que vive la sexualidad de manera bastante morbosa y vulgar.

Encontrar una calidad de relación sexual así requiere una relación personal de calidad. Requiere paciencia, respeto, sinceridad, compromiso, y a veces también sufrimiento. No siempre se logra, a veces no se consigue porque uno se vende a la dinámica de sus impulsos más egoístas y se justifica con aquello de que 'es lo normal'. Vale, nadie es perfecto, pero ¿por eso hay que renunciar a construir una sexualidad que, sin poder llegar a ser perfecta, busque lo mejor de lo que podemos dar y recibir con nuestro cuerpo? Renunciar a esto es renunciar a uno mismo. Es venderse por un plato de lentejas, o de placer, que no es extraño que deje el corazón lleno de soledad, aunque valga para presumir.

Algo de la experiencia que trasluce el cariño de mi hermana hacia su hija parecía querer reflejar el relato de la creación del hombre por Dios de la tradición cristiana cuando lo presenta modelando (*acariciando*) el barro e insuflando en la boca (*besando*) el espíritu de vida. Así, desde el principio, Dios mismo parece querer crear al hombre con un cuerpo destinado al amor corporal. Un amor que, como muestra el profeta Oseas, demasiadas veces se prostituye entregándose a la lógica del placer sin más. Dios nunca se conforma con menos de los que sabe que nos hará felices, por eso nos exige y nos ayuda para que también en este tema sepamos dejarnos atraer por lo mejor y no sólo por lo más fácil.

Nada más.

Un saludo. Paco